***Del animal enfermo al león que ríe: animalidad, tránsito y superhombre. Notas sobre el pensamiento animal en Friedrich Nietzsche***

Alejandro Peña Arroyave (UdeA – USAL – UNGS – UNLaM)

**E-mail de contacto:** [alejandropaister@gmail.com](mailto:alejandropaister@gmail.com)

**I. El animal enfermo**

*La tierra, dijo, tiene una piel; y esa piel tiene enfermedades.*

*Una de ellas se llama, por ejemplo, “hombre”.*

*(Nietzsche, Así habló Zaratustra)*

*Así habló Zaratustra* es una obra que a su modo traza un círculo. Pareciera que lo fundamental se dice desde el inicio, pero su recorrido va trazando círculos cada vez más profundos en torno a eso mismo que se plantea ya desde su prólogo. ¿Qué es eso que se plantea? Que el hombre es algo que debe ser superado. Que en el hombre actual, moderno, culto, científico, creador de una moral, emancipado de la naturaleza, violento frente a sus pasiones, sumiso al deber y a la cultura, la vida se ha hecho indigna. Que ese ser autoproclamado como señor de la tierra envenena la vida. Que es no sólo enfermo sino en sí mismo una enfermedad. Desde su descenso de la montaña, Zaratustra anuncia al superhombre, pues consciente que el hombre es algo que debe ser superado, busca despertar a las muchedumbres de su letargo y exhortarles a que emprendan la superación del hombre. Superhombre y último hombre son los extremos en los cuales transita Zaratustra. De uno y otro habla el profeta porque entre uno y otro se encuentra él mismo entre una y otra salida de la caverna. Pero en tanto Zaratustra mismo no es el superhombre hay en él también un tránsito, un devenir que se ve a lo largo de la obra y sobre todo en aquello que enseña. Se trata de un profeta que duda y experimenta en carne propia aquello que debe ser superado.

El último hombre enseñoreado de la tierra se establece a base de separaciones. En primer lugar separa a la tierra de un reino trascendente más real y digno de ser conquistado. Pero tal aspiración se apoya a su vez en una violencia que el hombre, por medio de la razón separadora, ejerce sobre sí mismo en su cuerpo. La separación entre alma y cuerpo conlleva una mutilación que hace del hombre un ser irreal, pues deposita su ilusión de ser un sí mismo en la razón. Pero como dice Zaratustra, se trata de una razón pequeña:

el cuerpo es una razón grande, una multiplicidad […] Hermano mío, también es un instrumento de tu cuerpo tu razón pequeña, esa que llamas ‘espíritu’, un pequeño instrumento y juguete de tu razón grande. Tú dices ‘Yo’ y estás orgulloso de esa palabra. Pero lo más grande —lo que no quieres creer— es tu cuerpo y su gran razón: él no dice Yo pero actúa como Yo (Nietzsche, 1999, 39).

El último hombre —el hombre moderno— se relaciona con su cuerpo como con la cosa en sí (Nietzsche, 1999, 38). Esta escisión la extiende a la tierra al verla como algo hostil o como una fuente de recursos para explotar. La acción del cuerpo, por el contrario, como lo señala Zaratustra, se mantiene fiel a la tierra y en esta fidelidad el Yo aprende a hablar: “cada vez más honesto aprende a hablar el Yo: y cuanto más aprende más palabras y honores encuentra para el cuerpo y la tierra” (Nietzsche, 1999, 36). Cuerpo, tierra y sí mismo forman así una unidad, un único sentido (Espinoza Lolas, Vargas & Ascorra, 2012, 108). Pero si bien Zaratustra anuncia esa unidad señalando los defectos del último hombre, es largo el camino en el desaprendizaje de la domesticación. Y en ese recorrido Zaratustra tendrá que estar acompañado de inesperados maestros: los animales que mostrarán la vía hacia ese único sentido.

En *Las tres transfiguraciones del espíritu* Zaratustra describe cuál ha de ser la vía de ese recorrido que llevará al animal enfermo que es el hombre moderno hacia el superhombre. El espíritu ha de pasar de ser el paciente camello que toma y lleva sobre sí toda carga, todo mandato, todo imperativo, para transformarse en el león que conquista su propia libertad. Pero el león no puede crear valores nuevos pues se queda en la negación de los valores establecidos. El león permite “crearse la libertad y un santo No ante el deber” (Nietzsche, 1999, 30), ante todo cuanto mantiene atado al hombre a los trasmundos. El paso decisivo será el de la transfiguración en niño, es decir, en un sagrado sí a la vida, en una nueva rueda que gire sobre sí más allá del bien y del mal. En el inicio de la segunda parte de la obra Zaratustra invoca de nuevo la fuerza del león aludiendo a la leona sabiduría. Allí es llamativo que Zaratustra ruega para que su leona sabiduría “aprenda a rugir con ternura” (Nietzsche, 1999, 107). Con ello vemos entonces que la búsqueda desde *Las tres transfiguraciones* *del espíritu* hasta el final de la obra es cómo llegar del santo No al sagrado decir Sí del niño, es decir, el tránsito de la negación a la creación.

**II. El convaleciente**

Zaratustra se muestra como un convaleciente incluso antes de caer enfermo en su cueva, ya que se niega a su misión. En *La hora más silenciosa*, Zaratustra admite que no quiere decir su palabra, que no quiere anunciar al superhombre. Todavía en Zaratustra quedan rezagos del último hombre y su apego a la ilusión de permanencia. Pero la misión de Zaratustra exige que renuncie a tal apego. Así lo ordena su hora más silenciosa: “di tu palabra y desaparece” (Nietzsche, 1999, 188). Para anunciar al superhombre Zaratustra mismo debe devenir aquello que predica. Y tal devenir no lo enseñan los hombres, sino que, como lo señala Deleuze, son los animales los que empujan a Zaratustra a que sea el verdadero profeta del superhombre (Deleuze, 1998, 268). Desaparecer en la palabra que debe decirse implica poseer la más alta virtud, la virtud que dona. Y ésta sólo puede lograrse rodeándose de animales (Lemm, 2010, 128). En efecto, el animal rompe la ilusión de permanencia en construcciones exteriores y *permanece* en tanto vive en la inmanencia. Esa pertenencia a la tierra le ampara de los señuelos ultramundanos cargados y construidos a partir del egoísmo y del resentimiento.

En el capítulo *El convaleciente*, los animales alimentan a Zaratustra que ha caído enfermo por el más abismal y pesado de todos los pensamientos y se niega a salir de la caverna. Son los animales los que le dicen:

Sal de tu caverna: el mundo te espera como un jardín […] ¡sal de tu caverna! ¡Todas las cosas quieren ser tus médicos!”

“Para los que piensan semejante a nosotros, todas las cosas bailan: vienen, se tienden la mano, ríen, huyen y… regresan.

Todo va, todo regresa: eternamente gira la rueda del ser. Todo muere, todo florece de nuevo. Eternamente corre el año del ser.

Todo se destruye, todo se reconstruye, eternamente se edifica la misma casa de la existencia. Todo se separa, todo se saluda nuevamente, eternamente permanece fiel el anillo del ser

En cada parpadeo comienza la existencia, en cada aquí rueda la bola allá. El centro está en todas partes. Arqueado es el sendero de la eternidad (Nietzsche, 1999, 271-273).

Zaratustra mismo tiene que morder la cabeza de la serpiente negra que se le atraviesa en la garganta. Esa cabeza de serpiente es el hastío que la causa al hombre pequeño la repetición: “el gran hastío en el hombre era lo que se me había deslizado en la garganta y me ahogaba; y era lo que predicaba el adivino: ‘todo es igual, nada vale la pena, el saber ahoga’” (Nietzsche, 1999, 274)[[1]](#footnote-1). Y de nuevo Zaratustra ataca al último hombre, pero los animales saben que tiene que dar un paso, que ahora él mismo tiene que hacerse león, tiene que ganar su libertad, desprenderse del último hombre y profetizar al superhombre. Por eso, ante la crítica que hace Zaratustra del último hombre los animales lo interrumpen: “¡no hables más convaleciente! Si no que ve afuera donde el mundo te espera como un jardín […] Deja de hablar […] más bien, convaleciente, prepara una lira, una lira nueva” (Nietzsche, 1999, 275). Pero esa lira nueva es no sólo para anunciar al superhombre sino al eterno retorno. Eterno retorno y superhombre son idénticos y ello es lo la hora silenciosa le ha mostrado a Zaratustra. Cómo anunciar el más pesado de los pensamientos lo debe aprender de los animales, de la sanación que estos le ofrecen recordándole que ellos viven lo que él debe predicar (Fink, 1984, 118). Sin una lira nueva es inhabitable el mundo, pues el sagrado No se convierte en vana palabrería hija del hastío del último hombre. Ya no se trata de interpretaciones sino de cantos: el canto al eterno retorno. Y este canto, la lira nueva que requiere, implica una transmutación total del hombre tal como lo ha entendido la filosofía moderna. Pensar el eterno retorno implica pensar al superhombre y tal pensamiento, el más pesado de todos no puede darse sin pensar la animalidad en el hombre como lucidamente lo sintetiza Giorgio Colli:

Reconocer la animalidad en el hombre, no sólo eso, sino afirmar en la animalidad la esencia del hombre: ése es el pensamiento grave, decisivo, precursor de tempestades, el pensamiento frente al cual todo el resto de la filosofía moderna queda reducido a hipocresía (Colli, 2000, 76).

Los animales le muestran a Zaratustra la gran salud, es decir, vencer el pesimismo en el que puede caerse al constatar el eterno retorno desde una relación enemiga con la tierra. La gran salud surge de una relación fructífera con la animalidad. Esa salud, “no requiere que la animalidad sea ocultada y sublimada por una ilusión de moral, sino que afirma a la animalidad” (Lemm, 2010, 73). La gran salud no es tampoco el mero parloteo de Zaratustra acerca de la manera impropia en que vive el último hombre sino el paso decisivo al encuentro con las cosas: ver el baile de las cosas en el mundo sin la carga de las interpretaciones. Los animales hacen callar a Zaratustra y su parloteo resulta sanador porque carece de la interpretación en la que vive preso el hombre (Zubiria, 2009, 154). Zaratustra convaleciente no quiere salir de su caverna, la caverna de las interpretaciones, del sentido, del saber[[2]](#footnote-2). El mundo, como al conocimiento moderno, se le ha perdido, y sólo la voz de los animales lo puede llevar de vuelta al mundo. En efecto, la apertura a las cosas es expresada por los animales porque ellos son la voz de “lo viviente mismo” (Fink, 1984, 115).

Esa voz conduce a Zaratustra a la gran salud y ésta consiste en hallar un centro de gravedad que no sea la razón dominante y separadora (Sánchez Meca, 1989, 297-298). Ese centro de gravedad es la apertura a las cosas, al baile de las cosas. Es la escucha del animal interior (Cragnolini, 2016, 70) que puede estar en el mundo sin resentimiento y sin el peso del deber. Esta interioridad es la interioridad del mundo, por ello la superación del hombre no se da en la ascesis (Fink, 1984, 113), sino en la apertura a las cosas. Quien se abre a las cosas será el nuevo *señor* de la tierra. Un señor sin señorío, que no ejerce violencia porque es con las cosas. En efecto, ante la pregunta por la pertenencia de la tierra, (Berkowitz, 2000, 275) Zaratustra responde que la tierra *pertenece* a las almas puras, a las almas de medianoche (Nietzsche, 1999, 400). Es decir, a las almas que han escuchado la hora más silenciosa. A las almas que se han adentrado en la soledad. Esa pertenencia no es dominadora sino, al contrario, en tanto intimidad con el mundo, reconocimiento de la pertenencia a la tierra. Pero la soledad profunda de Zaratustra no implica aislamiento o retirada del mundo, implica una concentración en un modo de habitar la tierra como se ve en la intimidad entre el alma y el invierno expresada por Zaratustra en *El monte de Olivos* (Nietzsche, 1999, 220)*.* El sí mismo se da en esa intimidad que es apertura a las cosas (Fink, 1984, 111). El sí mismo es la unidad del mundo y la soledad acogedora del animal que vive en la intensidad de esa inmanencia.

**III. El signo**

Antes de aparecer el signo decisivo, el león que ríe, Zaratustra ha tenido un banquete con los llamados hombres superiores. La última debilidad de Zaratustra consiste en creer que es con aquellos hombres con quienes podrá anunciarse el superhombre: el poeta, el científico, el papa jubilado —desempleado después de la muerte de Dios—;representan el último gesto de compasión de Zaratustra, el último obstáculo antes de emprender su camino hacia el horizonte del superhombre. El último obstáculo de Zaratustra es la debilidad del humanismo, es decir, la debilidad de ver algo grande y elevado en las creaciones humanas a pesar de todos sus extravíos. Pero ese último pecado será también sanado por la presencia de la animalidad. Al despertar tras el banquete con los hombres superiores, Zaratustra se encuentra a la salida de su caverna con el signo: las palomas que juegan en torno a su cabeza y el león que ríe y juega a su lado (Nietzsche, 1999, 406). Una vez que despiertan los hombres superiores no soportan esa visión y retroceden. Por ello Zaratustra reconoce que han llegado sus animales pero le faltan sus hombres (Nietzsche, 1999, 406). Los hombres superiores sólo pueden ver en la risa del león un rugido que les aterra y espanta. Hombres dormidos en la cueva del saber. No han despertado al sol y a la realidad a la que invitan los animales.

La risa del león es el paso a la más alta transformación del espíritu: ahora el león puede devenir niño. En el león que ríe se manifiesta la eficacia de la enseñanza acerca del eterno retorno —es decir, del sí a la vida—, pues en el león se realiza (Joisten, 1994, 264). Es el león el que enseña a Zaratustra que ahora puede reconocer ese signo del superhombre. El superhombre no es una evolución o un resultado en términos cuantitativos, la prueba de ello es que los llamados hombre superiores son todos fracasados (Fink, 1984, 139). Es decir, el hombre moderno representa la más baja expresión de lo humano, precisamente porque ha domesticado al animal en su interior. Por ello el superhombre no representa una forma acabada o perfeccionada del hombre que se instaura como señor de la tierra sino, al contrario, otro modo de ser (Cragnolini, 2016, 77), otra forma de relación.

En la comprensión del eterno retorno, se revela que los animales viven ahistóricamente, por ello Zaratustra comprende que el eterno retorno es un instante (Lemm, 2010, 215). En el olvido de su animalidad, el hombre ha olvidado olvidar y en ese olvido se ha hecho esclavo del tiempo fragmentado. Mientras Zaratustra juega con el león que ríe y reconoce que el tiempo del eterno retorno es un instante, los hombres superiores salen espantados revelándose aún como últimos hombres y postergando el puente hacia el superhombre hacia un futuro incierto. En el sí a la vida que proclama Zaratustra al reconocer a sus animales, es decir, al reconocer su animalidad, desaparece el tiempo. Por ello Zaratustra pierde la noción del tiempo cuando el león que ríe se acerca y lame sus lágrimas (Nietzsche, 1999, 407). El tiempo del eterno retorno es el instante. Ante el sí a ese eterno retorno, a ese anillo del ser, desaparece la tiranía de la división temporal y se vive en lo abierto, en la intensidad, en el latido del mundo. Así, cuerpo, tierra y sí mismo se hacen uno en el hombre que ha reconocido su animalidad.

**Bibliografía**

Berkowitz, P. (2000). *Nietzsche. La ética de un inmoralista*. Madrid: Cátedra.

*Biblia de Jerusalén* (1998). Bilbao: Desclée de Brouwer.

Colli, G. (2000). *Después de Nietzsche*. Barcelona: Anagrama.

Cragnolini, M. (2016). *Extraños animales. Filosofía y animalidad en el pensar contemporáneo*. Buenos Aires: Prometeo.

Deleuze, G. (1998). *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama.

Espinoza Lolas, R., Vargas, E., Ascorra, P. (2012). Nietzsche y la concepción de la naturaleza como cuerpo. *Alpha*, 34, pp. 95-116.

Fink, E. (1984). *La filosofía de Nietzsche*. Madrid: Alianza.

Jostein, K. (1994). *Die Überwindung der Anthropozentrizität durch Friedrich Nietzsche*. Würzburg: Königshausen und Neumann.

Lemm, V. (2010). *La filosofía animal de Nietzsche Cultura, política y animalidad del ser humano*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales.

Nietzsche, F. (1986). *Así habló Zaratustra*. Medellín: Bedout.

Nietzsche, F. (1999). *Also sprach Zarathustra*. Berlin – New York: De Gruyter.

Rilke, R. M. (1968). *Elegías duinesas. Los poemas a la noche*. Madrid, Rialp.

Sánchez Meca, D. (1989). *En torno al superhombre. Nietzsche y la crisis de la modernidad*. Barcelona: Anthropos.

Zubiria, M. (2009). *Nietzsche. Mundo Amado, Amada Eternidad. Comentario a los cantos y discurso del* Zaratustra. Buenos Aires: Del Signo.

1. Zaratustra contradice aquí la conclusión a la que llega el sabio del Antiguo Testamento ante el descubrimiento del eterno retorno.Cfr. *Eclesiastés*, 1, 9. [↑](#footnote-ref-1)
2. Una crítica semejante se ´puede ver en la segunda de las *Elegías del Duino* de Rilke, donde el poeta manifiesta que el hombre ha perdido el mundo por la interpretación: “Y ya los animales con la sagacidad del instinto se percatan / de cuán inseguros y vacilantes son nuestros pasos/ a través del mundo interpretado.” (Rilke, 1968, 35). En la órbita de lo expresado por Nietzsche, ante todo en *Las Elegías*, Rilke buscará un habitar nuevo del hombre en la tierra vinculado a su animalidad. [↑](#footnote-ref-2)